

no permitía á los corsarios beber el agua del mar de Chipre. La sexta, destinada al Egipto y Berbería, constaba de siete galeras, de las cuales unas entraban en el puerto de Alejandria, otras iban á traficar á las costas de Berbería, donde cargaban para Alejandria, y desde esta ciudad pasaban nuevamente á Berbería con objeto de llevar allá las mercancías compradas en Egipto, recibiendo otras en cambio: despues toda la escuadra volvía á Venecia, cargada de productos orientales. La sétima salía del Estrecho de Gibraltar, y tocando en las costas de España y Portugal, se dirigía á Inglaterra y á Flándes. Le estaba vedado recibir carga durante la travesía, y vender otros efectos que los procedentes de Venecia; pero de retorno podía tomar los que quisiere y venderlos donde mas le agradase.

Estaba fijado por la ley tanto el número de las naves, como el de las personas, los sitios donde se debía desembarcar, y la clase y cantidad de las mercancías que podían trasportarse de ida y vuelta. Las importaciones de los objetos que se cambiaban por productos asiáticos, estaban exentas de impuestos, ó si la necesidad obligaba á exigir alguno, era moderadísimo. Así los Venecianos sostenían sin desventaja la concurrencia con los países que fabricaban mejor y mas baratas ciertas telas, especialmente de lana. Dueños, casi exclusivos, de los frutos de Asia, recibían para efectuar los cambios, de los cuales en todo modo eran árbitros, los paños de Flándes y de Francia, de mejor calidad que los suyos, y perfeccionándolos con el tinte, los llevaban á Levante para comprar allí mercancías.

La república había puesto obstáculos al comercio de los extranjeros, primeramente cargando el derecho de la mitad de su valor á los productos de Levante que despachaban de Venecia, luego prohibiendo del todo la salida á estas mercancías, y en especial no permitiendo á los Venecianos asociarse con aquellos. Solo en Venecia podían desembarcarse las mercaderías de Levante destinadas á los países extranjeros, ó las de estos destinados á Levante, incluidas las que servían para el consumo de los lugares dependientes de la señoría veneciana.

Al través de todos estos reglamentos y de infinitas minuciosidades y precauciones que se avendrían mal con los principios actuales de economía política, se trasluce siempre el sistema de gobierno que quería asegurar á los Venecianos todas las ventajas del comercio europeo, y alimentar la industria por medio de la industria. Era este el modo de proporcionar á las fábricas del país una ocupacion constante, no dando lugar á que faltasen las primeras materias. Semejante sistema podía con el trascurso del tiempo cesar de producir los beneficios que se esperaban al establecerlo, pues el deseo de los demas pueblos de sustraerse del monopolio, era fácil que les sugiriese la idea de usar de represalias, como las que llevaron á cabo Fernando é Isabel en 1485, lanzándolos á probar nuevas vías comerciales. Sin embargo, la incertidumbre de lo futuro y la poca probabilidad de que tal cosa sucediese, parecen justificar la conducta del Senado, siendo, por otra parte, imposible negar que el país le debió grandes ganancias y riquezas.

De esta prosperidad nos ha dejado un bellísimo cuadro el dux Mocénigo en un discurso dirigido al Senado en 1421 (1434); cuadro que, si bien quizá algo lisonjero, es bastante exacto. ¡Ojalá que los jefes de los demas Estados europeos, dedicados al comercio, ya para celebrar la gloria de su patria, ya para conservar la memoria de su administracion, hubiesen imitado al dux de Venecia! La historia del comercio no ofrecería entónces tantas oscuridades y lagunas. Los reveses eran, sin embargo, inevitables, en medio de tantas guerras marítimas, y aun suponiendo exagerado el número de las bancarotas que un escritor florentino echaba en cara á los Venecianos en el siglo xv, es probable que menudeasen los infortunios particulares de esta clase.

Las relaciones con Egipto recibieron un terrible golpe en 1442, cuando el sultan, despues de expulsar á todos los mercaderes venecianos, confiscó sus propiedades, siendo preciso, para que mitigase el rigor, la interposicion de los factores del célebre negociante frances Jacobo Cœur. Aun fué peor cuando Constantinopla cayó bajo la cimitarra de Mahomet II. Los Venecianos habían peleado en defensa de la ciudad, y su almirante Giustiniani sucumbió combatiendo gloriosamente; así, costó mucho á la república y hubo de sufrir duras humillaciones ántes de celebrar en 1454 un tratado, que se renovó en 1478, por el cual obtuvo parte de los favores que el vencedor había dejado á los Genoveses. Además el Senado se aprovechó de los temores que la ambicion de Mahomet inspiraba al sultan de Egipto, para reanudar con él las antiguas relaciones mediante un tratado concluido en 1461.

Por el mismo tiempo la casualidad ofreció á la república una buena compensacion de tantas pérdidas con la adquisicion de Chipre, que hallándose cerca de Siria, Egipto y Armenia, le fué sumamente útil. Pero no había nada capaz de compensar el daño que recibió el comercio del Mediterráneo con el paso á la India por el Cabo de Buena Esperanza que efectuaron los Portugueses hácia la misma época, y cuantas tentativas hizo el Senado con el rey de Portugal á fin de conservar parte del antiguo monopolio, fueron inútiles.

La historia del comercio de Génova está ligada á la de Venecia, Pisa y Cataluña, contra las cuales, en los siglos xiv y xv, sostuvo atroces guerras, siempre con pretexto ó á causa del comercio.

La caída del reino de Jerusalem, inspirando temores de que los puertos de Siria y Egipto se cerrasen para siempre á los Europeos, daba mas importancia á los establecimientos de los Genoveses en el Mar Negro, y la envidia de sus émulos fué tal que un historiador veneciano acusa á los Genoveses de haber ayudado al sultan de Egipto á apoderarse de San Juan de Acre, acusacion que parece desmentida por el hecho de haber la colonia de Caffa socorrido á Trípoli. Como quiera que sea, Génova conoció la nueva y ventajosa posicion en que los acontecimientos la habían colocado para el comercio, y abusó de ella. Sin motivo legítimo quebrantó una tregua con Venecia, y se negó á oír las justas reclamaciones de esta. La suerte de las armas, que no es siempre el triunfo del derecho, le fué favorable, y las batallas de Ayazgio y de Curzola obligaron á Venecia á consentir en un tratado desventajoso (1299).

Con tan faustos auspicios empezaba el siglo xiv para los Genoveses; inmenso era su poder por el lado del Bósforo y del Mar Negro, donde poseían vastos y ricos establecimientos, y en especial á Focea, Gálata ó Pera y Caffa. En la primera explotaban las minas de alumbre, igual en calidad al de Trebisonda, y su exportacion para los tintes en las fábricas europeas proporcionaba inmenso lucro. Aunque semejante concesion no hubiese sido hecha al Estado, sino á un súbdito particular del emperador griego, mediante un tributo anual, sin embargo daba trabajo á muchos Genoveses, y su transporte y venta aseguraban grandes ganancias al comercio de la república. Los jefes de este establecimiento han merecido á veces la reprension de haber faltado, por un lucro vil, á sus deberes para con el imperio griego, socorriendo á los Turcos.

Caffa y Gálata eran verdaderas colonias fundadas por la madre patria, mediante convenios celebrados con los soberanos del lugar; recibían del gobierno genoves órdenes y leyes, y eran regidas, si bien de distinto modo, segun la diferencia de su origen y posicion, por magistrados que nombraba el mismo gobierno, el cual moderaba su autoridad.

Mientras que las victorias alcanzadas contra Venecia le aseguraban el dominio del Bósforo y del Mar Negro, y el comercio casi exclusivo en aquellos puntos, Génova extendía su poder al Mediterráneo, apoderándose

de la Córcega, que los Pisanos habían poseído hasta entónces. Pero encontraba en los Catalanes émulos y enemigos no ménos terribles que los Venecianos, y las continuas guerras por intereses comerciales y pretensiones de uno y otro pueblo, respecto de la Cerdeña, fueron acompañadas de barbaries horribles.

Esto contribuía á que se desarrollase en los Genoveses la habilidad marítima y el valor que los distinguía de los otros países; como que ninguno tuvo quizá marineros mas emprendedores. Muchos, excitados únicamente por su audacia é interés, acometían expediciones y conquistas, unas veces con la aprobación del gobierno, otras á pesar de su desaprobacion, ó á lo ménos, abandonados á las fuerzas particulares, segun el público interés ó la faccion dominante.

Lo poco que los historiadores dicen, basta para mostrar la importancia de su comercio. En tiempo de la guerra de Chioggia, un almirante veneciano dió caza en las aguas de la isla de Ródas á un buque genoves cargado de muselinas, paños de seda, oro y plata, por valor de mil quinientos ducados: estas mercancías eran asiáticas; pero los Genoveses llevaban otras al Asia, en no menor cantidad, á fin de verificar los cambios. Otro almirante veneciano apresó dos naves catalanas, cargadas por cuenta de Genoveses, una de las cuales tenía á bordo efectos por valor de veinte mil ducados de Venecia, y la otra de cuarenta mil. En una época en que el derecho de gentes marítimo no admitía para las mercancías la garantia de la bandera, semejante cargamento por cuenta de Genoveses en buques catalanes no puede considerarse hecho con objeto de evitar que cayera en manos de los enemigos; prueba, sí, que el comercio era tan extenso que no bastaba con las embarcaciones nacionales, y como aquellas mercancías eran en gran parte de fábrica francesa, no cabe duda de que existían activas relaciones entre Génova y Francia.

Génova no tenía el dominio absoluto de la ribera, y muchas ciudades, como Savona, Oneglia, Albenga, Mónaco y Ventimiglia, formaban Estados independientes con príncipes propios; por eso se encuentran algunos tratados de Savona, que corresponden á los años de 1330 y 1393, y otros celebrados en el siglo xiii. Pero en aquellas aguas hasta Niza, ejercía Génova un verdadero protectorado, lo cual le proporcionaba relaciones habituales con Marsella por mar y tierra, y con los puertos del Languedoc. Á pesar de algun disgusto pasajero por intereses comerciales, las relaciones de los Genoveses con Francia eran continuas, y sus naves, desde el siglo xiv, se adelantaban hasta Calais: algunas personas particulares armaban buques en servicio de los reyes.

No fué ménos activo el comercio de Génova con Alemania y con la Italia Superior. Parte de las producciones de estos países, destinadas á los cambios de Ultramar, que no se enviaban á Venecia, iban por conducto de Milan á Génova. Es probable que se cambiasen por mercaderías asiáticas; pero de seguro los productos de la industria genovesa influían considerablemente en la balanza de este comercio.

Los Genoveses tenían tambien relaciones con la Italia Central y Meridional, que eran interrumpidas á menudo por las guerras; las relaciones con Sicilia dependían especialmente del estado político. Se conocen dos tratados entre estos países, uno de 1276 y otro de 1292. Génova tenía en Mesina en el siglo xiv una lonja de comercio. Traficaba tambien con España, á pesar de las continuas guerras con los Catalanes. Por un tratado de 1278 contrajo relaciones con el reino de Granada, que en los siglos xiv y xv ocupaba aun parte de la España. Aparece de documentos relativos á los años de 1316 y 1335, que llevaba mercancías y especialmente alumbre á Inglaterra, y que comerciaba con Escocia.

Además del tráfico lejano con el Asia Central, la India y la China, siguió visitando las costas de Ber-

bería, en virtud de tratados pertenecientes al siglo xiii; relaciones turbadas durante un breve plazo por el arrojé de un Genoves, que se apoderó de Trípoli, saqueó las riquezas que encerraba, y en seguida vendió la conquista; pero el gobierno tuvo la prudencia de desaprobar su conducta.

Cualquiera que fuese el poder de Génova en Constantinopla y por el lado del Mar Negro, se mantuvo ligada con el Egipto, en virtud de un tratado celebrado en 1290. En 1384 había allí un consul, y sus tratados conocidos en esta época pertenecen á los años de 1419 y 1431: el último prueba que el interés comercial se anteponía á todas las consideraciones de humanidad y de religion, habiendo consentido los encargados de la república que el sultan hiciese el tráfico de esclavos en Caffa. La Broquiere, en sus viajes al Asia, encontró á un Genoves que ejercía este comercio, y un estatuto, anterior seguramente al año 1414, muestra que los Genoveses tenían á sus servicios esclavos mahometanos.

Fácil es imaginar cuántas riquezas debía acumular en la capital un comercio tan activo y extenso, y cómo se desarrollaría el lujo á su sombra. En aquella época de prosperidad, que elevaba el caudal de los particulares al esplendor de que son aun testigos los palacios de Génova, el Estado fundó, ó mas bien consolidó, el banco de San Jorge, una de las mas notables instituciones rentísticas de la edad média, que prestó grandes servicios al Estado, y fué con frecuencia útil á nacionales y extranjeros, á personas de condicion privada y á príncipes. Sin embargo, las muchas revoluciones no permitieron jamas que aquella república sacase todas las ventajas que hubieran debido proporcionarla la habilidad de sus almirantes, la intrapidez de sus marinos, el espíritu emprendedor y los inmensos capitales de sus comerciantes.

En el siglo xiii los Pisanos se habían elevado por su industria manufacturera, y especialmente por la navegacion y el comercio, hasta poder luchar con gloria y buen éxito contra los Venecianos y los Genoveses; pero la funesta batalla de la Meloria en 1284 disminuyó sus fuerzas y aumentó las de los Genoveses, sus implacables enemigos. El odio entre ambos pueblos debió crecer, cuando la pérdida de Tierra Santa destruyó las relaciones de los Pisanos en Siria, sin la posibilidad de obtener del Mar Negro una concurrencia, á que se vieron obligados á renunciar por el tratado de 1299. El puerto que Pisa poseía en las embocaduras del Tanáis cayó probablemente en manos de sus enemigos, y al fin fué destruido por los Tartaros.

Arruinada por las precedentes guerras marítimas, con un territorio que no bastaba á las repetidas expediciones y á la lucha por tierra con la mayor parte de las ciudades de Toscana, que seguían distinta bandera, Pisa caminó á la decadencia. En la última guerra contra Génova había sido demolido su puerto á la embocadura del Arno, y el conde Ugolino pudo apenas en 1285 hacer en él alguna ligera reparacion. Así, viéndose reducida casi únicamente á la rada de Liorna, de la cual la separaban marismas dificultosas, y donde sus enemigos podían causarle con facilidad graves daños, hizo construir una torre destinada á defenderla y á proteger la navegacion.

Poco á poco se vió despojada de las colonias que le suministraban maderas de construccion y materias de cambios para el comercio extranjero. Por el tratado de 1299 tuvo que ceder á Génova la Córcega y algunos puertos de Cerdeña; en 1324 perdió lo que quedaba en esta isla, y dentro de un breve término no contó mas que con las marismas, aun bastante fértiles, y con la isla de Elba, importante á causa del hierro.

El comercio de Pisa se reanimaba cuando el de Génova era interrumpido por discordias intestinas ó por reveses de fortuna, y tambien cuando celebraba tra-

tados con esta misma república, cuales fueron los de 1300, 1318 y 1319; además en 1340 Pisa se asoció con su enemiga para reprimir á los piratas que infestaban el Mediterráneo. Concluyó también tratados que suspendían las enemistades con las ciudades de Toscana, especialmente con Florencia, que durante largo tiempo envió sus mercancías por el Arno á Pisa. En aquella época de reanimación mantuvo relaciones con Sicilia por el tratado de 1316, con Cataluña por los tratados de 1326 y 1333, con la isla de Chipre en virtud de los privilegios obtenidos en 1291, con Constantinopla y la Turquía, con las ciudades de la Francia Meridional y con Inglaterra. Algunos documentos pertenecientes á los años de 1314, 1334, 1374, 1397 y 1398 prueban que continuó traficando en las costas de Berbería y de Marruecos. No consta que en aquel espacio de tiempo celebrase ningún tratado con el Egipto: el sultan, que al contraer tales relaciones con los Europeos, tan solo consultaba lo que tenía que temer ó que esperar, no creyó útil ligarse con una república que decaía rápidamente.

En efecto, la navegación de Pisa no era ya mas que un tímido cabotaje: su marina militar aniquilada, no podía defender establecimientos lejanos, ni proteger á los armadores contra los enemigos y los piratas. El antiguo valor de los Pisanos tomó otro rumbo. Todas las ciudades de Toscana, adictas al partido güelfo, se habian coaligado contra ellos, que se habian mantenido constantemente en las filas del partido gibelino. Á la cabeza de la liga estaba Florencia, que se habia convertido de antigua aliada de Pisa en su enemiga mas implacable. Á guerras desgraciadas sucedían paces cada vez mas onerosas, y sin embargo, los esfuerzos repetidos de los Pisanos para evitar el peligro, ofreciéndose á cualquier señor que los quisiese, con tal que les quedase una patria, retardaron algun tiempo la catástrofe cada día mas próxima. El comercio, que solo podía percibir los capitales y bastar para los gastos de la guerra, no ofrecía ya á los Pisanos recursos con que pagar las tropas, al paso que sobraban á Florencia por su extenso crédito. En fin, en 1406, obligados por el hambre á recibir la coyunda de los enemigos, muchos ciudadanos se negaron á prestar el juramento de fidelidad á los vencedores, y prefiriendo el destierro al deshonor, se retiraron á Palermo y á otras ciudades de Italia, donde fueron acogidos dignamente. Florencia, sin consideración á los recuerdos de un esplendor, de una industria y de una pericia marítima, que constituían uno de los principales títulos de gloria para la Toscana, prohibió á los Pisanos toda industria manufacturera y comercio por mayor.

Florencia, gracias á la industria y á la economía, prosperó con la ruina de aquella república, y la prodigiosa actividad de los espíritus, que tantos males causó en los asuntos políticos, se mostraba entonces en el comercio y la industria, como luego se manifestó en el cultivo de las letras y las artes. No sin razón se llamó á Florencia la Atenas de Italia. Los ciudadanos, así del gobierno como de todas las clases de los ciudadanos, se dirigían al comercio; los primeros estatutos municipales nos presentan á los vecinos divididos en gremios de artesanos, que los comprendían á todos, aun á los mas ricos é ilustres por su nacimiento, pues que era indispensable formar parte de ellos para obtener cargos públicos. Una industria tan vasta debía necesariamente hallarse en relación con los países extranjeros, ya para recibir de allí materias que emplear en las manufacturas, ya para dar salida á sus productos, y Florencia supo vencer, á fuerza de perseverancia y prevision, los obstáculos que su situación topográfica le oponía. Desde principios del siglo XII se habia asegurado el libre paso por la Lombardia y los territorios de Bolonia, Pistoya, Módena, Génova y todas las ciudades de Toscana que la rodeaban, y en el siglo XIV logró iguales ventajas respecto de los territorios de Rávena y Faenza.

Pero á pesar de lo extensa que pudiera ser la exportación por tierra, los Florentinos conocían que la navegación ofrecería el medio mas económico para el comercio con la Italia y la Europa Meridional, y el único practicable para el que se estableciese con el resto de Europa, y mas aun con África y Asia. Por eso los hemos visto desde el siglo XIII tratar con Pisa á fin de depositar sus mercancías en el puerto de esta ciudad, y embarcarlas luego en los buques que lo frecuentaban. Varios accidentes contribuyeron despues á que los Florentinos se conviniessen con la república de Siena para despachar sus manufacturas por el puerto de Telamon, lo que verificaban siempre que estaban en discordia con los Pisanos.

De este modo Florencia, aunque distante del mar, consiguió todas las ventajas deseables en su posición, y que permitían la falta de una marina propia y la necesidad de servirse de la de otros pueblos; no habia ciudad alguna de Italia, España, Portugal, Francia, Inglaterra y Flándes en que las casas de Florencia no hubiesen establecido bancos, y adonde no enviassen factores. Al comercio de lanas, paños y sederías añadieron el de banco y de cambios, que duró mas tiempo. Por eso los métodos que los Florentinos emplearon para la fábrica y preparación de los paños y las sedas, y para el tinte, se divulgaron pronto, disminuyéndose en consecuencia su industria manufacturera: mayormente cuando los demás pueblos, viendo con claridad lo que les convenía, fomentaron el empleo de las primeras materias en sus respectivos territorios, y opusieron obstáculos á la exportación. El comercio florentino se dedicó entonces á las especulaciones en grande escala y á los giros de banco, cuyo alimento eran los inmensos capitales acumulados con la industria y economía de muchos siglos, y suministró enormes sumas, tanto al gobierno nacional como á los gobiernos extranjeros; pero la facilidad con que por la esperanza del lucro se dejaba inducir á dar subsidios, le perjudicó repetidas veces: algunos banqueros florentinos quebraron en 1343 por no haber recibido con puntualidad el pago de sus créditos, y esta bancarota causó gravísimo daño al comercio general.

Faltan documentos ciertos que acrediten la época en que los Florentinos empezaron su comercio en Levante, pero los historiadores refieren que en el siglo XII, y mas aun en el XIII, algunos ciudadanos tomaron parte en las Cruzadas, debiendo nosotros inferir que no se descuidarian en buscar y asegurarse el medio de introducir allí sus manufacturas. No siendo entonces Florencia potencia marítima, el gobierno no pudo, á ejemplo de Venecia, Génova y Pisa, establecer bancos y consulados en las costas de Asia y África; pero el interés privado suplió por ellos. La casa Bardi habia obtenido en el siglo XIV para sus factores y su comercio importantes privilegios en Chipre y en Armenia. Desde el siglo XIII, y especialmente en el XIV y el XV, el comercio de Florencia se habia extendido á las costas de Berbería, al Egipto, á Siria, á Constantinopla, al Asia Meridional y hasta la China, atravesando la Alta Asia. Luego que los Florentinos llegaron á dominar en Pisa, su primer cuidado fué atraer allí las naves extranjeras concediéndolas privilegios que las estimulasen: en 1421 entraron en convenios para que los Genoveses les cediesen á Liorna, cuya prosperidad jamas decayó.

Sin embargo, aunque Florencia legró contarse entre las potencias marítimas por la adquisición de Pisa y Liorna, no pudo nunca formar una marina capaz de competir con la de las repúblicas rivales suyas, y tuvo que recurrir siempre á buques extranjeros. Pero cabalmente por aquel empuje cesaron de ser frecuentes las guerras marítimas, y habiéndose visto obligados muchos armadores, por la decadencia del comercio genoves, á ofrecer sus servicios á los gobiernos extranjeros, Florencia se apresuró á tomarlos á sueldo. El

gobierno hizo entonces cuanto le permitían su posición y el interés del comercio para contraer nuevas relaciones y sacar provecho de las antiguas, y celebró tratados con casi todos los pueblos. Se asegura que fué el primero en prohibir de un modo eficaz el comercio de esclavos y el abastecimiento de municiones de guerra á los mahometanos.

Siguiendo el ejemplo de Florencia, armó escuadras y emprendió expediciones periódicas al Mar Negro, á Egipto, á Berbería, á España, Flándes é Inglaterra, primero por cuenta del gobierno, y desde 1430 por cuenta de especuladores particulares. Entonces Florencia, colocada en medio de las ciudades marítimas de Italia, instituyó una magistratura conocida mucho tiempo antes en Pisa con el nombre de *consules de mar*, y cuidó de establecer bancos y adquirir privilegios donde los tenia anteriormente Pisa. Desde 1422 entró en convenios con el sultan de Egipto acerca del comercio de Alejandria y Siria, y con el señor de Corinto en Romanía, celebrando tratados ventajosos: también concluyó uno con Inglaterra en 1423, que renovó en 1490; otro con el emperador griego en 1438; otro con el rey de Aragon en 1450. En 1487 y 1488 renovó los tratados con Egipto, á fin de favorecer la navegación nacional, excluyendo á los extranjeros, y adoptó disposiciones semejantes á las que Venecia seguía hacia largo tiempo con un éxito feliz.

Esta última concibió grande envidia, manifestándola hasta en el dicho de querer ayudar á Pisa á sacudir el yugo de Florencia, y los Florentinos se vengaron apoyando los proyectos hostiles de Mahomet II contra Venecia. Resultó de aquí un manifiesto de la república de Venecia, á que respondió un autor florentino con un escrito, que en medio de una multitud de injurias, contiene un cuadro, quizá exagerado, pero en general bastante verdadero, del comercio de su patria. En él se nombra como principales negociantes de Florencia á los Médicis, á los Pazzi, á los Capponi, á los Bondelmonte, á los Corsini, á los Falconieri, á los Portinari, que tenían establecimientos en todos los puntos de Europa, y en los de Asia y África, abiertos á la navegación europea. Mayor es aun la celebridad de Juan de Médicis, el cual, si creemos á los historiadores, habia adquirido un caudal enorme vendiendo carbon: su hijo Cosme lo aumentó con empresas mas afortunadas, y se le reputaba el mas rico negociante de Europa. Los autores que escribieron su vida ó su panegirico, no nos dicen cuál era la índole de sus especulaciones; pero es probable consiguiese tantas riquezas por medio del comercio asiático y los giros de banco. En cuanto á Lorenzo de Médicis, faltó poco para verse arruinado, á pesar de su vasto comercio, por las locas prodigalidades de sus muchos factores, que afectaban el lujo y la magnificencia de su señor: lo que le salvó fué la medida prudente de convertir los capitales en propiedades inmuebles.

La industria y el comercio de Florencia siguieron siempre aumentándose, sin que el descubrimiento del camino para ir á la India les ocasionase daño alguno... »

PARDESSUS.

(H) pág. 307 y 312.

ARENGAS DEL DUX MOCÉNIGO.

Cuando se discutió si Venecia debía unirse á los Florentinos en 1421 contra el duque de Milan, el dux Tomas Mocénigo estuvo constantemente por la negativa, y Francisco Foscari, procurador jóven, por la afirmativa: este con el ardor de la juventud, y Mocénigo con la prudencia de la edad madura, sostuvieron su opinión en el gran consejo. Sanuto inserta la arenga del dux, y dice que la tomó del mismo manuscrito de aquel príncipe.

« Nuestro procurador jóven maese Francisco Foscari,

prudente en el consejo, ha dicho en la tribuna todo lo que los Florentinos han expuesto al colegio, y lo que nosotros hemos manifestado en contestación á vuestras señorías. Dice que es conveniente socorrer á los Florentinos, pues que su bien es el nuestro, y en su consecuencia, nuestro mal el suyo. En tiempo y lugar le contestaremos cumplidamente.

Procurador jóven: Dios creó é hizo la naturaleza angélica, que era la mas noble cosa creada, y le dió cierta medida para conocer el camino del bien y del mal. Los ángeles eligieron el mal: Dios los castigó, y los arrojó del paraíso al infierno, y ellos de buenos se convirtieron en malos. Otro tanto se puede decir de los Florentinos, que buscan el mal, y lo mismo nos sucederá á nosotros si consentimos en lo que propone nuestro procurador jóven maese Francisco Foscari. Os exhortamos á manteneros en paz: si el duque os hiciere una guerra injusta, Dios, que todo lo ve, nos dará la victoria. Vivamos en paz, porque Dios es la paz: los que quieren la guerra vayan al infierno.

Procurador jóven: Dios crió á Adán prudente, bueno y perfecto, y le dió el paraíso terrenal, donde estaba la paz, con dos mandamientos de Dios, que le dijo: « goza en paz de todo lo que existe en el paraíso; pero « no comas de la fruta de tal árbol. » Fué desobediente, y pecó por orgullo, no queriendo reconocer que era criatura. Ahora bien, Dios le privó y arrojó del paraíso, donde estaba la paz, y le puso en la guerra, que es este mundo. Adán se condenó á sí mismo, y con él condenó á toda la raza humana: un hermano dió muerte á otro hermano, y las cosas fueron de mal en peor. Así sucederá á los Florentinos por tener guerra, y si nosotros seguimos los consejos de nuestro procurador jóven, nos acontecerá otro tanto.

Procurador jóven: No conociendo el hombre á Dios despues del pecado de Cain, y obrando á su antojo, Dios le castigó con el diluvio, excepto á Noé, á quien le plugo preservar. Lo mismo sucederá á los Florentinos por querer conducirse segun su capricho. Dios destruirá su país y sus bienes, y vendrán á habitar aquí, como ya han acudido varias de sus familias con sus mujeres é hijos, para fijarse en la ciudad de Noé, la cual obedece á Dios y confía en él. De otra manera, si seguimos el parecer de nuestro procurador, los nuestros se dispersarán é irán á habitar en ciudades extrañas.

Procurador jóven: Noé fué santo, elegido de Dios, y Cam, habiéndose separado de Dios, mató á Jafet, por lo cual Dios le castigó. De él nacieron los gigantes que tiranizaban y hacían sin temor de Dios todo lo que se les antojaba. Dios convirtió un solo idioma en sesenta y seis, y aquellos al fin se destruyeron entre sí, de tal manera que ya no hubo mas gigantes. Otro tanto acontecerá á los Florentinos, por hacer su voluntad sin temor de Dios: de su lengua resultarán sesenta y seis. Todos los días van á Francia, Alemania, al Languedoc, Cataluña, Hungría é Italia, y se dispersarán hasta el punto de no conocerseles como hijos de Florencia. Eso mismo se dirá de vosotros si obráis segun quiere nuestro procurador jóven. Temed, pues, á Dios, y confiad en él.

Procurador jóven: De la gran genealogía que descendió de Noé, Dios eligió á Abraham, el hombre mas perfecto de aquellos tiempos, y le permitió circuncidarse para que fuese conocido entre los demas. Eligió á uno que habia sido concebido de padre y madre, los cuales tenían el pecado original, y se preservó de este á Nuestra Señora, porque solo de ella debía nacer Jesucristo, Nuestro Redentor, Dios y hombre, cuya carne, no siendo de hombre alguno, sino de la pura sangre y leche de Nuestra Señora, bajo la dirección del Espíritu Santo, constituyó aquel santísimo cuerpo, que tenía un alma santísima, la mas noble y perfecta que ha existido y existirá. Así fué como el Verbo se revistió de aquella carne, aunque no se deba comparar á Dios con las cosas creadas.